Las Organizaciones Obreras y la Revolución

Con el nombre de revolución mexicana es conocida en el mundo entero la sangrienta guerra civil que sostiene el pueblo azteca desde hace cinco años.

Durante seis lustros de paz y dictadura los casi dos millones de kilómetros cuadrados, que mide el fértil suelo mexicano, son campos de prosperidad y de riquezas inagotables.

Abundantes fábricas, haciendas y talleres consumen la vida de millones de trabajadores ignorantes y abyectos, produciendo con afán para sus insaciables amos.

Privilegiadas negociaciones, explotadas por plutócratas, acaparan el oro que escatiman al obrero en la merced de su trabajo.

* * *

Suena el toque de guerra que pone fin a tal estado de cosas, y la revolución surge.

Las distintas banderías políticas, por combinaciones políticas a su vez, se aprestan a la campaña, llaman al sufrido pueblo, y éste, con la esperanza de redención, acude y empuña las armas.

En este período de sorpresas y turbulencias, el apostolado mundial de los oprimidos señala a sus desorientados hermanos el camino de la emancipación, por la Igualdad, haciendo simpatizadores y adictos entre las clases proletarias de la ciudad no invadidas por el vicio.

La propaganda se establece, se multiplica y se ensancha, truncando la secular pasividad y resignación de los que sufren, callan y trabajan, en rebeldía semiconsciente, en disposición de lucha.

Ya se agremian los menestrales de un mismo oficio; ya establecen federaciones y confederaciones entre las asociaciones de los diversos gremios; ya discuten y eligen entre los diversos sistemas societarios; quieren para sí una escuela peculiar, racional y emancipada; presienten como verdad intangible que el problema de la humanidad es problema de educación: en una palabra, que se agitan y se mueven en el sentido universal de las reivindicaciones sociales.

Los funcionarios de la Revolución: ministros, jefes e intelectuales en general, a pesar de sus absorbentes ocupaciones, se han dado cuenta del fenómeno operado entre la hasta hace poco considerada como clase de rebaño: la clase productora; a ella se han dirigido y, de entre los incipientes sindicatos en formación, han tomado propagandistas que aumenten la labor iniciada hace tiempo a espensas y por el esfuerzo de los sindicalistas independientes.

Según todas las apariencias, la lucha armada toca a su fin con la victoria definitiva del Constitucionalismo Revolucionario, sin que la obra revolucionaria haya comenzado aún. Y no ha comenzado, porque la obra revolucionaria no es ni puede ser el fruto de una victoria o conquista militar, ni la consecuencia de una concesión, ni el resultado de leyes concebidas y redactadas en el gabinete de un jurisconsulto. El cambio en la modalidad social que entraña la obra de la Revolución que, surgida por ley de la necesidad, busca su nivel en el estado actual del progreso universal, exige una previa labor de consciencia popular y encauce de sus energías, sin las cuales toda reforma sería ineficaz, cuando no perjudicial o contraproducente.

Desde la liberación del indio, aún esclavo, hasta las reformas obreras más avanzadas larga es la línea a recorrer e inmensos los esfuerzos a realizar.

Las organizaciones obreras, que aumentan cada día, son porciones conscientes del pueblo; llevan, por derecho natural, su representación, y constituyen a la vez su avanzada redentora: ellas, ante la titánica lucha de intereses económicos llamados a desaparecer y de intereses colectivos llamados a crear, tienen el deber de orientación, de enseñanza y dirección de las multitudes afectadas, indefensas, tributarias de la esclavitud patronal, para que sean invencibles en lo futuro, cuando conocedoras de sus derechos y dueñas de sus destinos, sostengan con su insuperable poder los fundamentales principios de la eterna libertad.

Numerosos son los problemas económico-sociales a que tiene que dar cima la Revolución Mexicana.

La retrogradación económica, efecto de tan prolongada lucha armada, y los legítimos anhelos de mejoras, causa espontánea de la misma lucha, aparentemente complican y dificultan las ansiadas soluciones, que fácilmente podrían hallarse en la exuberante producción que podría obtenerse del inmenso y fecundo territorio, ardiendo hoy en guerra, vuelto a la paz, mediante la utilización y aprovechamiento de los elementos inactivos y destructores de la actualidad, en cooperación laboriosa, bajo una amplia, progresista y feliz organización de *trabajos libres*.

Entre el fracaso y la victoria, la distancia no existe: todo estriba en que los trabajadores organizados comprendan su deber y sepan colocarse a la altura de las circunstancias.

Eloy Armenta.

EPITAFIO

¡Oh, Ferrer, tú, que descansas bajo la losa fría de la tumba; tú, que derramaste tu sangre en el fatídico castillo de Monjuitch, por indicar a los "futuros redentores" la hermosa enseñanza racionalista; tú, que preferiste morir antes que vender tu talento a los esbirros y sicarios partidarios de toda tiranía, recibe mi cántico luctuoso de plebeyo y mis recuerdos de tristeza!

Quisiera entonar con la lira del poeta un canto funerario, como el que han entonado otros muchos a los grandes; pero, ¿qué he de hacer? el corazón se me parte tan sólo de pensar que soy obrero rudo, muy rudo, y no puedo, aunque quisiera, ensalzarte hasta la gloria, esa gloria que merecen los grandes como tú.

Hoy que se presenta el aniversario de tu muerte, sólo diré: ¡descansa, descansa tranquilo, confiando que tu sangre se vengará más tarde! Y aunque comprendo que sólo tus restos existen, duerme tranquilo que aun no mueren en el pensamiento de los libertarios rojos.

Angel G. Rodríguez.